

la Providencia, pero sin que esta justificación de la Providencia excuse los crímenes de los hombres. Hay en el trágico fin de los Hohenstaufen un juicio de Dios. Federico y Manfredo son libres pensadores sobre el trono; ahora bien, el tiempo de la filosofía tardará en llegar cinco siglos. El cristianismo debe todavía por largo tiempo presidir á los destinos de la humanidad; es preciso que desaparezcan los que puedan detenerla en su marcha. ¡Desgraciados de los hombres que se adelantan á su tiempo! Perecen, porque les falta el medio en que podrian vivir. Pero esta fatalidad constituye tambien su grandeza; los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana. En vano triunfan los papas sobre los cadáveres de los Hohenstaufen; jamas aprovecha al vencedor una victoria comprada con sangre inocente. El Pontificado no tenía ya más enemigos despues de la muerte de Conradino, y resulta que su decadencia comienza en el momento en que llega al apogeo de su grandeza. Los papas tienen tantos enemigos como reyes celosos de su libertad existen. El Pontificado sucumbe, y ¿quién lo vence? la causa de los Hohenstaufen, la independencia del Estado. Hé aquí el juicio de Dios sobre la monarquía pontificia.

§ IV. — ¿Quién es vencedor?

Federico II se hallaba en Verona en 1245, año en que le excomulgó el Concilio de Lyon. Uno de los grandes italianos le regaló un caballo de pura raza, pero flaco y miserable; los que rodeaban al Emperador manifestaron su sorpresa: «No os admireis, les dijo Federico; este caballo era en otros tiempos hermoso, fuerte y de gran valor; lo mismo le sucede al Imperio: ha sido glorioso y poderoso; hoy el Emperador no tiene autoridad alguna ni en Italia ni en Alemania» (1). Las palabras dolorosas de Federico II eran proféticas: fué el último emperador. El reino de Alemania lleva todavía el título de Imperio romano; pero con la muerte de Federico se rompe el lazo que unia Roma é Italia á la corona alemana. La independencia de Italia es la muerte del Imperio, y no puede ya resucitar, porque lleva en sí un principio de debilidad

(1) *Annal. Mediolan.*, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, 125.

irremediable. Durante la larga lucha de los papas contra los Hohenstaufen los príncipes alemanes han llegado á ser soberanos casi independientes; su jefe no tiene más que un título sin poder. El Pontificado ha matado al Imperio. Él lo habia creado para que sirviese de apoyo á la Santa Sede. Cuando los emperadores quisieron ser señores trató de dominarlos en virtud de la plenitud de su poder divino. Pero el Pontificado encontró una resistencia heroica en una raza ilustre; no pudiendo vencer á los Hohenstaufen, los destruyó, y con ellos el Imperio.

La humanidad aplaudió la destruccion del Imperio. Era una falsa concepcion legada de Roma. Los emperadores de Alemania, herederos de los Césares, aspiraban á reconstruir la dominacion de la Ciudad Eterna, y en su consecuencia la omnipotencia imperial. Los pueblos han probado la monarquía universal; Roma los condujo al aniquilamiento y á la muerte. Dios envió á los Bárbaros, no para continuar ó resucitar el Imperio romano, sino para destruirlo. Envió á Jesucristo para fundar una religion destinada á moralizar á los conquistadores. Para llenar esta mision necesitaba la Iglesia libertad de accion; ahora bien, la monarquía universal de los Hohenstaufen hubiese sido la esclavitud de la Iglesia; con el Imperio, la Iglesia latina hubiera decaido lo mismo que la Iglesia griega; débil é impotente, hubiera sufrido el yugo de los reyes, siendo así que debia dominar á los príncipes. Léjos de lamentarnos por el Imperio, demos gracias al Pontificado por haber luchado contra la heroica raza de los Hohenstaufen; por mejor decir, prosternémonos ante Dios, que se sirve hasta de las malas pasiones de los hombres para cumplir los designios de su impenetrable sabiduría.

¿Pero no habia otros intereses comprometidos en la lucha del Sacerdocio y del Imperio más que la monarquía universal y la independencia de la Iglesia? La Iglesia tambien aspiraba á la monarquía universal bajo otra forma. El Papa pretendia tener un derecho de jurisdiccion suprema sobre los reyes: «Los emperadores cristianos, dice Gregorio IX, deben someter sus decisiones al Papa y aun á los obispos» (1). Los Hohenstaufen no querian

(1) GREGOR. *Registr.* X, 103, en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 608.

una soberanía que anulase la soberanía temporal; su causa era, pues, la del Estado. Esta causa es sagrada, porque es la expresión de los verdaderos principios que rigen á las sociedades humanas: no es la Iglesia, sino el Estado el que es soberano; la Iglesia, lejos de ser soberana del Estado, le está subordinada. Sin embargo, el Estado sucumbe en la persona de los Hohenstaufen, y la Iglesia usurpa su soberanía. ¿Por qué sucumbe el Estado? Porque no ha llegado el momento en que pueda presidir á los destinos de los pueblos. Inocencio III se ve obligado á luchar contra el poder real para conservar el orden moral: ¿cómo ha de poder guiar á los pueblos por el camino del perfeccionamiento un poder que tiene á su vez necesidad de un freno? Los Hohenstaufen, al querer emancipar al Estado de la dominación de la Iglesia, iban más allá de la misión de la Edad Media, y se anticipaban á sus necesidades. Eran hombres modernos que avanzaban más que el catolicismo; bajo este punto de vista tenía razón el Papa para rechazarlos como herejes. Sin embargo, la independencia del Estado acabará por vencerlo. La soberanía corresponde á la humanidad, y después de ella á las naciones; la Iglesia no puede tener una soberanía ni á su lado ni por encima de ésta. Los Hohenstaufen eran, pues, los campeones del porvenir; ellos son vencidos, pero su causa triunfará.

Para que la independencia de los pueblos triunfe es preciso que el poder de los papas sea destruido. Ellos mismos trabajaron en su ruina cuando creían trabajar en pro de su grandeza. La lucha contra los Hohenstaufen fué el principio de su decadencia. Los pontífices romanos no tenían para combatir al Emperador más que sus armas espirituales y el poder de la Iglesia. Se vieron obligados á explotar la cristiandad; los frailes mendicantes, convertidos en exactores del fisco romano, sacaban el dinero á clérigos y legos bajo pena de condenación eterna (1). Estas exacciones

(1) Entre las quejas del clero francés se lee (*Gravamina Ecclesie gallic.*, en GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 56, nota h) en tiempo de Luis IX: «*Fratres minores discurrunt per totum regnum et intolerabiliter gravant Ecclesias multis modis et diversis.*» Decían á los clérigos: «*Præcipimus vobis ex parte domini Papæ septimam partem omnium ecclesiasticorum proventuum vestrorum, alioquin excommunicamus vos.*» Los obispos deben imponer á sus parroquias,

sublevaron á los pueblos contra el Pontificado; las armas de que abusaba se volvieron contra él. Los papas no eran fuertes más que por el asentimiento de la opinión pública; la opinión pública se separó de un poder opresor. El odio á Roma dió partidarios á los Hohenstaufen, y retardó su caída.

Inocencio IV, huyendo ante Federico II, pidió sucesivamente asilo á Francia, á España, á Inglaterra. Los barones de Francia, temiendo que un huésped tan poderoso llegase á ser su señor (1), contestaron que no consentirían que el Soberano Pontífice se estableciese en el Reino. El rey de Aragon halló también una excusa. El Papa se dirigió á Inglaterra, cuyo rey era su vasallo; pero los barones se resistieron con fuerza á los deseos del débil Enrique: «Basta ya, decían, que estemos infectados con las usuras y las simonías de los Romanos, sin que venga también el Papa á saquear por sí mismo las iglesias y el Reino» (2). Inocencio IV, furioso con estas negativas, en su despacho, exclamó: «Que cuando hubiese aplastado al dragón (el Emperador) pisotearía á aquellas pequeñas serpientes, á aquellos reyezuelos que se rebelaban contra el vicario de Dios» (3). El dragón sucumbió bajo los golpes del Pontificado, pero las pequeñas serpientes continuaron rebelándose. Los reyes, sostenidos con el sentimiento nacional que reivindica la independencia y la soberanía, se emanciparon de la tutela pontificia; la sociedad civil, que va creciendo en moralidad y en inteligencia, rechazará una dominación que aniquilaría su individualidad. El Pontificado sucumbirá á su vez bajo los golpes de los reyes. ¿Quién es, pues, el vencedor en la lucha secular del Imperio y el Sacerdocio? El Imperio ha muerto, el Pontificado ha muerto; quien triunfa es la causa de Dios y de la humanidad. No debe haber ni Papa ni Emperador; nada de monarquía universal, ni espiritual, ni temporal; nada de tiranía, ni civil, ni religiosa, sino naciones é individuos que se desenvuelven libremente por los caminos trazados por Dios.

siempre bajo pena de excomunión: «*ut subditos suos compellant per penam excommunicationis ad solvendam summam illam.*»

(1) M. WESTMINSTER.

(2) M. PARIS, *ad a.* 1246, p. 576.

(3) M. PARIS, *ad a.* 1245, p. 580.